

Raúl Burgos: *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de pasado y presente*

(Buenos Aires, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2004, 430 págs.)

Jorge Cernadas*

*Nosotros éramos más una hoja arrastrada por la tormenta
que un centro ideológico formulador de política*

José Aricó

Al menos desde comienzos de los años noventa, la historia del campo cultural argentino de la etapa que transcurre entre el derrocamiento de Perón en 1955 y la instauración de la dictadura de 1976 –y la de sus a menudo estrechas y a la vez conflictivas relaciones con el campo político–, ha generado un interés creciente en el terreno académico. Ese interés, evidenciado –entre otros síntomas– en la publicación de diversos trabajos que estudian sus problemáticas y dinámica desde recortes, perspectivas analíticas y horizontes político-ideológicos heterogéneos,¹ parece últimamente prolongarse

* UBA

¹ Para el período que nos ocupa, mencionemos, sin pretensión exhaustiva, trabajos ya clásicos como los de Oscar Terán: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (Buenos Aires, Puntosur, 1991), y Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires, Puntosur, 1991); Héctor Leis: *Intelectuales y política, 1966-1973* (Buenos Aires, CEAL, 1991); Grupo “Arte, cultura y política en los años ‘60” (eds.): *Cultura y política en los años ‘60* (Buenos Aires, Instituto de Investigaciones “Gino Germani”-Facultad de Ciencias Sociales/Oficina de Publicaciones del CBC-Universidad de Buenos Aires, 1997); Susana Cella (dir.): *La irrupción de la crítica* (vol. 10 de la *Historia crítica de la literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé, 1999); Néstor Kohan (comp. y estudio preliminar): *La Rosa Blindada. Una pasión de los ‘60* (Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada, 1999); Ana Longoni y Mariano Mestman: *Del Di Tella a “Tucumán Arde”* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000); Beatriz Sarlo (con la colaboración de Carlos Altamirano): *La batalla de las ideas, 1943-1973* (Buenos Aires, Ariel, 2001). Anotemos que no pocos de éstos (y otros) estudios se centran en el análisis del “margen izquierdo” o de las corrientes “progresistas” o “modernizadoras” del campo cultural, a los que se asigna un rol relevante –cuando no hegemónico– al

Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 373-379.



más allá de la brutal cesura histórica impuesta por el autodesignado “Proceso de Reorganización Nacional”.² El voluminoso estudio de Raúl Burgos (Santa Fe, Argentina, 1957) sobre los “gramscianos argentinos”, fruto de una tesis doctoral defendida en la Universidad brasileña, puede legítimamente inscribirse en esa significativa y creciente corriente de interés a que hacemos referencia, y como tal no puede sino saludarse su aparición en nuestro país.

Cabe comenzar señalando que el autor advierte de entrada acerca del “carácter preliminar” que asigna al trabajo que presenta (p. 26), como también sobre la condición “escurridiza” de su objeto de estudio (pp. 20 ss.). En efecto, la reconstrucción de la incidencia del pensamiento de Gramsci en la Argentina del último medio siglo se concentra en uno (y sin dudas el más relevante) de sus centros de recepción, resignificación y difusión, el constituido desde comienzos de los años sesenta por un grupo de jóvenes intelectuales comunistas nucleados a partir de 1963 en torno de la revista *Pasado y Presente* (cuyo primer número, editado en Córdoba ese año, dio pie a su expulsión del Partido Comunista), y en particular en la trayectoria de uno de sus principales inspiradores, José María Aricó (1931-1991). En este sentido, Burgos, razonablemente, no pretende consumir una tarea que con seguridad excede a un investigador individual, cual sería la de trazar un exhaustivo “mapa” de las diversas vías a través de las cuales el pensamiento del dirigente comunista italiano se abrió paso en nuestro país (y en el resto de la América Latina), optando en cambio por examinar, esencialmente, la trayectoria de aquella formación. Tampoco se propone analizar pormenorizadamente los múltiples componentes de la vasta y compleja operación de “modernización” de la agenda política y cultural que supuso para el universo de izquierdas argentino (y latinoamericano) tanto *Pasado y Presente* como los casi cien títulos de sus míticos *Cuadernos*, sino destacar algunas de sus facetas más relevantes en determinadas coyunturas-clave.

El libro se organiza en tres partes: “Los años 60: alabanza de la revolución”, “Los años 70: el fracaso de la experiencia armada y la crítica de la revolución”, y “Los años 80: alabanza de la democracia”. La primera consta de tres capítulos, que tratan acerca de la primera recepción de Gramsci en el Partido Comunista Argentino (a través de la tarea pionera de Héctor Pablo Agosti), la expulsión de dicha organización de varios de sus jóvenes discípulos y la primera etapa de la revista *Pasado y Presente* (1963-1965), y los interior del mismo en la década de los sesenta y los primeros años setenta. La incidencia de la intelectualidad de derechas en sus distintas vertientes, nada despreciable en particular en la esfera político-estatal, resulta en cambio relativamente descuidada en la producción reciente.

² Por ejemplo, en José Luis De Diego: *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)* (La Plata, Ediciones Al Margen, 2001), al que cabría sumar una producción más abundante aunque en general fragmentaria.

comienzos de la formidable tarea editorial de difusión del pensamiento marxista encarada desde entonces por el grupo, seguramente uno de sus legados más valiosos y perdurables. La segunda parte examina, en dos capítulos, la colocación del grupo en la turbulenta coyuntura signada por la crisis de la dictadura de la "Revolución Argentina" y la vuelta del peronismo al poder, incluida la edición de la segunda etapa de *Pasado y Presente* (1973), y el ulterior exilio del grupo en México, cuando a juicio del autor habría contribuido a elaborar un "nuevo viraje renovador" en el pensamiento de la izquierda latinoamericana. La tercera parte, por último, desplegada en tres capítulos, aborda la reinserción local de esta formación político-cultural en los años de la transición democrática argentina de los años ochenta, y la disputa entablada por el "legado de Gramsci", en esa década y la siguiente, entre diversas vertientes de la izquierda (y aún por parte de algún "intelectual" del menemato). A ello se suman dos útiles apéndices: uno conteniendo los índices de las dos etapas de la revista *Pasado y Presente*, y otro con el listado de los casi cien títulos de los *Cuadernos de Pasado y Presente*, incluyendo datos sobre reediciones, traductores, tirajes, etcétera.

Burgos sostiene que la larga experiencia del grupo *Pasado y Presente* debe examinarse bajo el prisma de una fuerte "continuidad", fundada, según el autor, en un modo particular de articulación entre cultura y política, y en un consecuente modo de intervención en la esfera política, elementos que, mediados por la "presencia unificadora" de Aricó, se habrían prolongado a lo largo de tres décadas (p. 25). Se trataría de una original "estrategia cultural de largo alcance, en la tentativa de transformar la cultura política de la izquierda –y con eso, el modo de su intervención política–" (p. 380). A mi juicio, como ya ha sido señalado por un investigador del campo político-cultural argentino³, es ésta una de las argumentaciones más fuertes (y a la vez controvertibles) que sustentan la obra. Se trata, naturalmente, de una elección historiográfica entre otras posibles, que podrían enfatizar, por el contrario, los puntos ciegos y las discontinuidades en la trayectoria del grupo, e incluso cuestionar su propia heterogeneidad interna y consistencia en el tiempo, como lo dejan entrever ciertas apreciaciones del propio autor, y algunos de los valiosos testimonios recogidos en entrevistas.

Tales discontinuidades destacan particularmente (aunque no exclusivamente) en el terreno de sus variadas –cuando no contrapuestas– apuestas políticas a lo largo de esa extensa experiencia. Pues si es cierto que la perdurable vocación de intervención política nunca llegó a "canibalizar" la tarea específicamente "intelectual" de los integrantes del grupo, no dejó tampoco

³ Néstor Kohan: "Gramsci y los gramscianos argentinos", en Revista Ñ, Buenos Aires, mayo de 2005.

de afectarla profundamente, más allá de que éstos rara vez dieran cuenta satisfactoriamente de tales virajes, como lo señala en algunos pasajes Burgos (y al menos uno de sus entrevistados, el historiador Waldo Ansaldi, a propósito del relativo abandono de las categorías gramscianas en los años ochenta). A este respecto, no deja de llamar la atención que los mismos títulos de las diversas partes en las que se articula el libro no sugieran precisamente privilegio de los elementos de continuidad de la experiencia de *Pasado y Presente*, sino más bien lo contrario.

Este señalamiento crítico no apunta, en este caso, a reeditar las discusiones acerca de la real o presunta “deserción” de la voluntad revolucionaria originaria que el grupo de *Pasado y Presente* habría protagonizado, tras retornar del exilio, en los años de la “transición democrática” argentina post dictadura, al optar por el apoyo al gobierno alfonsinista o, luego de su catastrófico final, a diversas vertientes de izquierda democrática tradicional, en polémica con otras vertientes de la izquierda local (en definitiva, una teoría de la recepción debería incluir el hecho, apuntado por Bourdieu, de que las ideas viajan sin su “contexto de producción”, y ello vale naturalmente también para las sucesivas “apropiaciones” de Gramsci en la Argentina). Más bien procura llamar la atención sobre la necesidad de profundizar en las condiciones –si se me permite la hoy desacreditada expresión– “estructurales” en que pudieron sustentarse tales vaivenes y discontinuidades, tanto los referidos a la propia recepción del pensamiento gramsciano (y marxista en general) en nuestro país, como, sobre todo, a sus traducciones políticas prácticas. El propio libro de Burgos aporta elementos para pensar el problema en esos términos, a mi criterio productivos para una perspectiva como la que el autor sostiene haber adoptado en su trabajo (la de una “sociología de las ideas”, antes que la de una “historia de las ideas”), por ejemplo, cuando refiere a “las complejas relaciones entre cultura y política en la práctica de la izquierda”, las “traumáticas relaciones entre intelectualidad y partido” en las diferentes vertientes de izquierda marxista o peronista (p. 381), o “la suerte trágica del desencuentro entre cultura y política en la práctica histórica de las fuerzas transformadoras en la Argentina” (p. 385)⁴. En pasajes como estos, Burgos se acerca, creo, a un problema nodal, que de hecho no afectó sólo a esta formación político-cultural y que, además, podría inscribirse en una mirada de largo plazo como la propuesta por Silvia Sigal en 1991, cuando apuntaba –no sin desconsuelo– que en la Argentina “todo sucede como

⁴ Cuestiones sobre las cuales, a propósito del caso de Milciades Peña y Silvio Frondizi, Horacio Tarcus escribió un voluminoso y documentado trabajo, curiosamente omitido en la bibliografía: *El marxismo olvidado en la Argentina* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996).

si, una vez acabada la primera fase de construcción de la nación según el modelo liberal del progreso indefinido, hubiera terminado la misión de la inteligencia”⁵, recreándose desde entonces entre *saber* y *poder* las armonías (a menudo episódicas), y sobre todo los conflictos. Naturalmente, escapa a los límites de esta reseña siquiera intentar trazar una explicación –necesariamente compleja– del escenario que Sigal, con pesar pero no sin realismo, delinea, y que Burgos sugiere (aunque sin profundizar en la cuestión) para la formación cuyos avatares reconstruye. Un principio orientador, sin embargo, acaso se halle en la sugestiva hipótesis esbozada en 1975 por el crítico Blas Matamoro, al apuntar que los desencuentros entre intelectuales y hombres que producen realizaciones políticas efectivas, entre *doctrinarios* y *políticos realistas*, reconocerían su origen en “la inutilidad de la doctrina en una historia como la nuestra, donde el único proyecto de fondo que se concretó fue el oligárquico-liberal de 1880”.⁶ Coincidir con este diagnóstico fuerte –acaso aún más tentador hoy que treinta años atrás– no conduce necesariamente a ocluir el abordaje de las peripecias de la “doctrina” y de sus productores/portadores; por el contrario, la crisis de aquel “modelo” fundacional (en una perspectiva de “larga duración”, irresuelta) puede incitar más bien a verificar la productividad que la misma estimuló, tanto en el interior del espacio cultural argentino, como en sus relaciones con el poder, pero también con aquellas fuerzas sociales y políticas que intentaron desafiarlo. Quizá leídas con esta lente adquieran plena significación las palabras de Aricó, específicamente referidas a su apoyo al guevarista Ejército Guerrillero del Pueblo en 1964, escogidas como epígrafe para esta reseña (más allá del posible sesgo des-responsabilizante en términos políticos con que podrían ser interpretadas, lo que no es mi caso). En el mismo sentido, cabe interrogarse acerca de la validez del aserto del autor según el cual, antes de 1976, “los intelectuales ‘gramscianos’ cumplían tareas en cierto modo ‘orgánicas’ a un complejo movimiento transformador expansivo de los sectores subalternos”, mientras que “en el período posterior, se quiebra esa relación, se separa el movimiento real de los sectores subalternos de la reflexión de esos intelectuales” (p. 293). Tal vez esa organicidad deseada no plasmó, en realidad, ni antes ni después de 1976, y en ello sí residiría un elemento de continuidad en la trayectoria de algunos protagonistas del grupo.

⁵ Silvia Sigal: *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires, Puntosur, 1991), p. 15. A este respecto, agregaba: “[...] ni los grandes partidos nacionales, ni los sindicatos, ni el Estado ni, finalmente, tampoco los militares, creyeron necesario dar un lugar a los intelectuales en tanto tales, y, menos aún, a quienes se encontraban en la difusa zona cruzada por la herencia liberal y la expansión de las izquierdas”.

⁶ Blas Matamoro: *Oligarquía y literatura* (Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1975), p. 37.

truye. Y si bien esta reconstrucción está atravesada por una evidente empatía con su objeto de análisis, particularmente en el caso de la figura de Aricó (con las ventajas y riesgos que ello habilita), con su abundante documentación, sus valiosas entrevistas y su reflexión, el autor contribuye a desbrozar el aún poco transitado terreno de los avatares del campo intelectual argentino reciente.